

Cuentos mitológicos. La dieta.

Víctor F.R. Alcázar



II. LA DIETA

Capítulo 1

La decadencia

Zeus estaba mareado. Realmente mareado. Llevaba ya varias horas trabajando con sus secretarios y consejeros pero no se vislumbraba ninguna solución para los graves problemas que acuciaban a la real casa.

Los recursos menguaban a una velocidad pasmosa. Solo hacía falta darse una vuelta por las estancias de palacio para ver el deterioro de todas sus estructuras: los suelos, antes limpios y brillantes, aparecían ahora sucios y apagados. En las paredes las manchas de humedad ganaban terreno día a día. En muchas zonas la decadencia era más que evidente. Y el estado de las cocinas, las cuadras y otras muchas dependencias era lamentable.

Lo mismo sucedía con la servidumbre: antiguamente disponía, al menos, de una veintena de secretarios y asesores que se ocupaban de todo sin darle la tabarra. Y todo funcionaba de maravilla. Ahora, con los cuatro inútiles de los que disponía, no había manera de resolver nada. ¿Y los criados? Antes disponía de una legión de ellos para cualquier pequeña tarea. Ahora le costaba una enormidad encontrar a uno solo de ellos y que además tuviera un mínimo de capacidad para llevar a cabo cualquier sencilla tarea.

Agobiado por todo ello salió de la real estancia, dejando a sus secretarios discutiendo, y se dirigió a los reales jardines para respirar aire fresco e intentar descansar algo.

Los reales jardines también acusaban el declive general, pero al menos era un espacio en el que se encontraba todavía muy a gusto. Fue caminando en dirección a una de sus fontanas preferidas, entre macizos de plantas cada vez más asilvestradas hasta el punto en que se tenía que abrir paso a golpes de cetro.

Al llegar a ella vio que alguien estaba sentado en el amplio banco de piedra que permitía contemplar la majestuosidad de aquella soberbia maravilla.

Molesto por aquella inesperada presencia se acercó al desconocido dispuesto a pedir explicaciones por aquella intromisión en los reales jardines. Solo le faltaba ahora que no pudiera disfrutar de unos momentos de sosiego a solas con sus meditaciones.

Pero a medida que se acercaba vio que el advenedizo era, nada más y nada menos, que su amigo Tiresias que, sin darle tiempo a estar a la

distancia de un cordial saludo, le espetó.

- Caramba Zeus. ¡Te veo muy bien!

La alegría de encontrar a su amigo se transformó en molestia al recibir aquel saludo.

- Tiresias, ya sabes lo que me molesta que utilices esas expresiones conmigo. Me traen penosos recuerdos. Pero, eso aparte, bienvenido amigo Tiresias. ¿Cómo es que apareces ahora por aquí?

Mientras tanto había tomado asiento en el banco al lado del tal Tiresias.

- Simplemente porque mi instinto me dijo que por estos lugares hacía falta alguna orientación. Y creo que no me he equivocado. Al decir que te veía muy bien solo cumplía con la más elemental forma de cortesía, ya que cualquiera que pueda ver más allá de sus narices puede darse cuenta de que no estás atravesando el mejor de tus momentos.

- Tienes toda la razón - Intervino Zeus. - Tengo graves problemas y no encuentro solución para ellos. Cada día que pasa es como si se añadieran varios años a todo mi entorno. Y no me explico a que puede ser debido ni qué solución puedo dar a ese problema...

- ¡Zeus, Zeus, Zeus! - Interrumpió Tiresias cortando la perorata del gran dios. - Veo que los árboles no te dejan ver el bosque.

- ¿Puedes dejar de hablar de esa puñetera manera?! ¡Date cuenta! ¡Eres ciego! ¡Hera te cegó por aquella maldita apuesta! Y cada vez que lo recuerdo me siento ridículo. Por lo menos, y para agradecer lo que hice por ti, podrías utilizar otras expresiones para hablar conmigo.

- Tienes razón, Zeus. Y perdona mi forma de hablar. Veo... disculpa, entiendo que estas molesto por algo muy grave. Y creo ver... disculpa otra vez... creo percibir que tienes un problema de decadencia en tu palacio y, sobre todo, en tu persona.

- ¡Pero qué dices! ¡Yo estoy magnífico, como siempre! ¡Es todo lo que me rodea lo que está en manos de una pandilla de incompetentes y no hay manera de que funcione nada como es debido!

- ¿Y de verdad no ves la razón de todo ello? Zeus, Zeus, Zeus... Estás perdiendo facultades. ¡Mírate! Estás barrigón, vistes fatal, tienes ojeras, tu melena es un desastre. Y no quiero seguir porque no acabaría en mucho tiempo. ¡Tu problema está en tu lado humano! ¡Lo has descuidado! Y tú, mejor que nadie, tendrías que saber que todo tu poderío reside en la

adoración de los humanos hacia tu divina persona.

- ¿Adónde quieres llegar con todo eso? No te entiendo.

- Pues que has de volver a ser aquel dios al que todo el mundo admiraba. La gente quiere tener un dios sabio, poderoso, fuerte... Has de ser sabio. Y fuerte. Sabio y fuerte. Y atractivo. Sabio, fuerte y atractivo. Solo de esa manera revertirás la tendencia actual y volverás a tener multitud de devotos que volverán a proporcionarte los recursos de los que ahora estás tan necesitado. En pocas palabras: ¡has de ponerte en forma!

- ¡Cada vez te entiendo menos! ¿Qué quiere decir eso de ponerse en forma?

- Muy sencillo: Ejercicio físico, vida sana, hábitos saludables. ¡Y sobre todo una dieta rigurosa!

- Tiresias, creo que estamos entrando en un terreno peligroso. ¿Me estás diciendo que para restablecer el orden de mi casa tengo que maltratarme como un mísero mortal acomplejado de su aspecto? ¿Cómo uno de esos atletas tontolabas, que están todo el día haciendo ejercicios estúpidos y comiendo hierbas hervidas para tener un tipillo de bailarina?

- ¡Zeus, Zeus, Zeus! Recapacita. Todo lo que te estoy diciendo es fruto de una visión a medio-largo plazo. Si no reaccionas todo tu poder actual irá derivando hacia ese romano, Júpiter. Y tú te quedarás con las migajas. ¡De momento! ¡Y después nada! Solo tienes que mirar a tu alrededor y darte cuenta de los lugares de culto que anteriormente estaban dedicados a ti y que ahora o bien han sido abandonados o han pasado a formar parte de la adoración al romano.

- ¿Tan oscuro lo ves? - Preguntó Zeus preocupado.

- Vaya. Parece que no soy solo yo el que utiliza molestas expresiones.

- Tienes razón. Perdona Tiresias pero es que estoy muy tenso. Quería decir que si realmente presientes mi futuro de una manera tan adversa.

- Si Zeus. Tal como van las cosas tu porvenir no es nada halagüeño. Los síntomas de deterioro que ahora detectas se irán agudizando de tal manera que acabarán en el colapso total de tu reino.

- ¡Pero eso no es posible! ¡He trabajado muy duro para construir todo esto y ahora no puede desaparecer así como así! ¿En qué te basas para hacer esa horrible predicción?

- Pues nada más y nada menos que en la facultad que tú me otorgaste: la

visión del futuro. Por ello puedo asegurarte que mi vaticinio es auténtico.

- ¡Vaya! ¿Y esa facultad cómo funciona? Cuando yo otorgo una habilidad o talento realmente no sé cómo actúa. Simplemente los extraigo de una especie de contenedores en los que se guardan esos poderes desde el origen de los tiempos y los transmito al beneficiario. Me gustaría que me explicaras, si es que puedes hacerlo, el mecanismo de la predicción que tú posees.

- Lo intentaré. Aunque no es cosa fácil. Por otra parte me gustaría saber para qué quieres saber el funcionamiento de la videncia.

- Bueno... Verás. Si pudiéramos, entre los dos, eh... descubrir algún posible fallo en el sistema de adivinación podríamos replantearnos el plan de acción que me has recomendado, ya que si la premisa resulta falsa no cabe esperar un resultado que sea equivalente al esperado, por lo que...

- ¡Zeus, Zeus, Zeus! - Cortó enfadado Tiresias. - No se adonde quieres ir a parar con toda esa verborrea sin sentido. Te aseguro que mis predicciones siempre se han cumplido a rajatabla. Pero si has de quedarte más tranquilo te aclararé lo mejor posible en qué consiste la visión del futuro. Porque en eso consiste el secreto: ¡en conocer el futuro, no en predecirlo!

- ¿Y eso es posible?

- ¡Sí! Para mí lo es. El futuro es...

Capítulo 2

El futuro

- El futuro es... Cómo podría explicártelo de una manera sencilla. Es como... Imagínate un barco, navegando por un mar tranquilo, sin ninguna corriente marina y con viento de popa, suave y uniforme. El timonel no tiene que mover el timón y por lo tanto el rumbo que seguirá la nave es rectilíneo. Podemos adivinar fácilmente dónde estará dentro de un tiempo porque sobre nuestro hipotético navío no actúa ninguna fuerza que le desvíe de su trayectoria. Pues bien: eso es el futuro que podríamos llamarle el futuro perfecto.

Lo que sucede es que esas condiciones ideales raramente se dan en una travesía: unas veces soplan vientos que van rolando caprichosamente, hay corrientes marinas que nos desvían de nuestro derrotero y, por lo tanto, el timonel ha de rectificar el curso utilizando el timón. Cuando eso sucede aquel futuro ideal que teníamos anteriormente ya no existe. Hemos modificado nuestra ruta y para determinar cuál es nuestra nueva posición hace falta aplicar una cantidad más o menos importante de cálculos.

Ahora vamos a poner nuestro ejemplo a nivel mundial. Tendrás que imaginarte una embarcación enorme en la cual viajamos todos los habitantes de este mundo: personas, animales y plantas. Y que además cada uno de ellos tiene un timón, de un tamaño proporcional a la capacidad de influir en el rumbo que tenga cada ente. Cada movimiento de cada timón afecta, a su manera, en el resultado final de la singladura. Teniendo en cuenta que algunas de esas acciones se anulan con otras de sentido contrario y que otras se refuerzan unidas a otras afines. Y teniendo también en cuenta la influencia de agentes externos a la nave, como podrían ser gigantescas tormentas y enormes corrientes marinas, es fácil deducir que ahora el rumbo de esa fantástica nave puede llegar a ser del todo impredecible.

El capitán de ese fantástico navío estaría obligado a conocer en que latitud se encuentra para poder fijar su posición en la carta de navegación. Por tanto, cada noche que las condiciones atmosféricas lo permiten, determina la altura sobre el horizonte de la estrella polar gracias a su cuadrante y anota su ubicación en dicha carta de navegación. ¿Qué se obtiene con ello?

Zeus, medio adormilado, creyendo que la pregunta iba dirigida a él, empezó a balbucear una tímida respuesta cuando Tiresias le interrumpió contestándose a sí mismo.

- Pues una carta náutica con todas las posiciones en las que se ha hecho la anotación correspondiente. Es decir, que si la singladura ha durado diez días tenemos la oportunidad de saber dónde estaba nuestro buque en cada uno de esos diez días. Y, para acabar, ¡Imagínate poder tener esa carta náutica desde el primer día de travesía! ¡Podrías conocer el derrotero completo antes de salir de puerto! ¡Todo el recorrido antes del inicio de este! ¡Conocerías el FUTURO! - Exclamó delirante Tiresias.

Zeus, ahora despejado del todo, se sobresaltó por el entusiasmo de su amigo. Pero este, sin darle tiempo a abrir boca para emitir palabra, continuó con su exposición.

- Te será fácil entender que en la metáfora del barco este representa el mundo real en el que existimos y los timoneles somos todas las entidades vivas, que con sus acciones pueden influir en el devenir del orbe. ¡¡Y yo tengo acceso a la colosal carta náutica de esa tremenda nao!! ¡¡¡Yo conozco el FUTURO!!!

Tiresias, que se había puesto en pie para acabar su exposición, estaba exultante y gesticulaba y vociferaba como un poseso.

Por su parte Zeus, sin apenas haber comprendido casi nada de la explicación, trataba de calmar a su amigo. Al mismo tiempo era consciente de que por aquel camino no conseguiría rectificar el diagnóstico del conocedor del futuro, por lo cual decidió explorar el consejo que le ofrecía.

- Bien Tiresias. ¿Ahora que ya te has sosegado me podrías explicar en qué consiste tu solución?

- Por supuesto. Lo que debes hacer es acudir a casa de Hipócrates de Kos, el iatrós.

- ¿Un médico? ¡Yo no estoy enfermo! Tiresias, creo que hoy no estás muy fino...

- Déjame explicarte. - Interrumpió Tiresias. - Has de saber que Hipócrates de Kos, aparte de sus enormes conocimientos de medicina, también es un experto en el campo de la dietética.

- Dietética. ¡Qué hermosa palabra! - Contestó con sarcasmo Zeus. - Sabes muy bien lo que yo opino de la dietética. Y además no creo que por comer de una u otra manera vaya a arreglarse o estropearse mi poder sobre este mundo.

- Pues en eso vas equivocado. Te hace falta urgentemente una puesta a punto para volver a tener tu apariencia majestuosa de antaño. Y, hoy por hoy, el más capacitado para realizar esa hazaña es Hipócrates de Kos. En

su isla tiene una escuela en la que estudian los mejores aspirantes a médicos y en ella atiende a personas con problemas físicos o psíquicos, o bien, que estando sanos quieran mejorar su salud o su aspecto.

- ¿Y ese sujeto es de confianza? Me refiero a si sabe lo que se lleva entre manos o es como la mayoría de iatrós que la mayoría de las veces no hacen más que empeorar las dolencias que pretenden sanar.

- En ese sentido puedes estar de lo más tranquilo. Conozco a Hipócrates desde hace mucho tiempo y puedo asegurarte que es totalmente de fiar. Pero mira, para acabar de convencerte lo que podemos hacer es ir a hablar con él. Sin ningún tipo de compromiso. Después de ello tú decides si quieres seguir adelante y ponerte en sus manos o dejar este tema como si nunca hubiéramos hablado de él.

- ¡Pero yo no puedo dejar esto tal como está! - Intentó protestar Zeus mientras que con un gesto de sus manos abarcaba los jardines y el palacio. - ¡Tengo mucho trabajo y una urgente necesidad de poner solución a todo este desastre!

- Déjalo todo en manos de Hera. Ya verás como ella pone firmes a esos secretarios tuyos mucho mejor que tú.

Zeus, pensativo, miró a su amigo al mismo tiempo que con la cabeza asentía silenciosamente.

- Tienes razón. - Contestó al cabo de un breve instante. - Iremos a hablar con ese sujeto y después ya veremos por donde tiramos. Hablaré con Hera para ponerla en antecedentes y cuando esté todo organizado montaremos en Pegaso y le haremos una visita a tu amigo.

- Sí, pero no podemos ir en tu magnífico corcel. Hipócrates no toleraría que alborotáramos su escuela con la presencia de un dios. Tendrás que ir de incógnito y en un barco que ya me ocuparé yo de conseguir. Y respecto a Hera lo mejor será que no menciones mi intervención en este asunto.

Capítulo 3

El médico

Pasados unos días Zeus consiguió disponer las cosas para que todo quedara bastante organizado en palacio. Tiresias, por su parte y según lo prometido, había obtenido pasajes en una nave que se dirigía a Rodas y podía dejarles en Kos.

Así pues, el día señalado y antes de la salida del sol, embarcaron en un navío que entusiasmó a Zeus. Todo en él estaba ordenado y limpio. La tripulación estaba formada por marineros expertos y disciplinados y su capitán ofrecía el aspecto de un curtido navegante.

Una vez acabados los preparativos abandonaron el puerto de Falero impulsados por una agradable brisa que permitía una veloz singladura.

Zeus estaba exultante y no paraba de abrumar a Tiresias alabando cada detalle de aquel magnífico buque; del espléndido amanecer que disfrutaban, del excelente estado de la mar y de otros muchos temas que el divino disfrutaba como un chaval. Así pues, cuando este se fue a ofrecer su ayuda al capitán para colaborar en las maniobras de manejo de la vela, Tiresias respiró aliviado.

Después de cuatro días de plácida travesía divisaron, por fin, las costas de la isla de Kos y unas horas más tarde amarraba la nave en su puerto. En el momento de desembarcar Zeus saludó agradecido a toda la sonriente tripulación, desde el capitán hasta el último grumete y, seguido de un resignado Tiresias, pusieron pie en tierra.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron a la escuela donde residía el tal Hipócrates.

Llegados a ella, y después de anunciarse, un criado les hizo pasar a un patio interior, donde les indicó que esperaran y fue a notificar la visita. Tomaron asiento en un banco a la sombra de un tejadillo y desde allí vieron un desfile de personajes que, ya sea en solitario o en parejas, deambulaban con rostros serios cuchicheando entre ellos. Por sus ropas y semblantes dedujeron que seguramente eran médicos o estudiantes de medicina.

Al poco rato apareció un hombre, ya entrado en años pero de una vivacidad manifiesta, que se dirigió con paso vivo hacia Tiresias con el fin de abrazarle calurosamente.

- ¡Querido amigo Tiresias! ¡Qué enorme alegría la de volverte a ver!

Tiresias, que ya se había puesto en pie, se fundió con el recién llegado en el caluroso abrazo.

- ¡Mi muy querido Hipócrates! Que dicha la mía la de poder abrazarte una vez más.

A continuación se dirigieron una serie de sinceros elogios mientras recordaban a amigos y anécdotas de tiempos pasados.

Mientras tanto Zeus observaba a aquel sujeto. Su estatura era más bien baja, ya que Tiresias, que era de estatura normal, le sacaba casi toda una cabeza. Su cabello era escaso, pero lo compensaba con una cuidada barba. Una red de profundas arrugas surcaban su frente y sus prominentes cejas ejercían una fuerza continua que hacía que su entrecejo siempre estuviera permanentemente fruncido.

Después, llegado el momento de presentar a Zeus, Tiresias tomó la palabra.

- Hipócrates, te presento a Andronikos un buen amigo mío que viene a conocer tus métodos para vigorizar su forma física.

Hipócrates dirigió entonces su atención a Zeus, que bajo el nombre de Andronikos, soportó el escrutinio al que le sometía el iatrós. Los ojos de este, de una mirada intensísima, parecieron sondear hasta lo más profundo de su ser.

- Tiresias, creo que tu amigo Andronikos en verdad necesita un tratamiento. Pero hay algo que me gustaría hablar con vosotros en privado. - Dijo Hipócrates echando a caminar hacia la puerta por donde había salido antes.

Tiresias y Zeus le siguieron y cruzaron aquella puerta. Una vez hecho esto Hipócrates cerró la puerta asegurándola con un fuerte cerrojo. A continuación se encaró con Tiresias.

- Tiresias. Explícame de inmediato a qué viene esto y quién es realmente tu amigo Andronikos.

- ¡Querido amigo! Veo que no has perdido ni un ápice de tu aguda sagacidad. Pues bien, mi amigo Andronikos es en realidad el dios Zeus. Decidimos utilizar una personalidad anónima para evitar perturbar la paz de tu escuela. Pero veo que quizá eso no sea suficiente para ocultar su verdadera personalidad.

- De acuerdo. Habéis obrado muy bien. Y no os preocupéis pues nadie va a descubrir vuestro secreto. Ahora descríbeme detalladamente cual es el problema. Y ya sabes que puedes contarme cualquier confidencia pues nada saldrá de esta habitación.

De esa manera Tiresias puso a Hipócrates al corriente de los problemas de Zeus y su teoría para resolverlos. Hipócrates escuchaba absorto y cabizbajo aguantando su codo derecho con su mano izquierda y descansando su mentón en su mano derecha. De tanto en tanto asentía con movimientos de su cabeza pero sin interrumpir a Tiresias. Por su parte Zeus estaba realmente asombrado de la perspicacia del iatrós al descubrir, prácticamente con una sola mirada, su verdadera identidad.

Una vez concluida la exposición de las causas por las que habían decidido consultar a Hipócrates este se dirigió a Zeus.

- Divino Zeus, después de escuchar las explicaciones de Tiresias, no puedo más que estar totalmente de acuerdo con él. Hace ya un tiempo que tengo una rara sensación, una percepción tremendamente sutil y que, para describirla, solo se me ocurre la expresión "estoy notando una perturbación en la fuerza".

Sin duda ello se debe a la acertada observación de nuestro común amigo respecto a la pérdida de prestigio por parte de vuestra divinidad.

También es acertado el diagnóstico de la causa que produce ese efecto y la terapia necesaria para poner remedio a ello.

Por ello no tengo ningún inconveniente en acogeros en mi institución, eso sí, con dos condiciones: la primera es que continuareis utilizando el nombre de Andronikos, observando un incógnito total, la segunda es que seguiréis a rajatabla todas mis instrucciones respecto a cualquier aspecto de la terapia, ya sea en la dieta, el ejercicio, la higiene, etc.

- Por supuesto. - Contestó Zeus. - Comprendo la necesidad de dichas medidas y las acepto sin objetar. Por otra parte, si decidiera acceder al tratamiento, me gustaría saber cuánto tiempo podría durar este.

Capítulo 4

El método

- Veréis. - Continuó Hipócrates, frunciendo todavía más el ceño. - En nuestro cuerpo conviven cuatro humores: la sangre, la flema, la bilis negra y la bilis amarilla. En las personas sanas estos fluidos se encuentran en proporciones similares. Pero si por cualquier motivo se produce un desequilibrio entonces la persona cae enferma y es nuestra misión el volver a establecer nuevamente la proporción correcta para que recobre la salud.

Un caso claro de inestabilidad se ocasiona cuando se produce una hemorragia. La pérdida súbita de sangre hace que la persona se debilite y si no se pone inmediatamente remedio a esta circunstancia puede llevar a la muerte del afectado.

Por ello es imprescindible atender a los principales indicadores de desequilibrio humoral, que son principalmente el pulso, la fiebre, el dolor y las excreciones.

Un sistema para lograr el reequilibrio de los cuatro humores está relacionado con los cuatro elementos y su asociación con ellos. De esta manera tenemos que la bilis amarilla está emparejada con el fuego; la bilis negra o melancolía con la tierra; la flema o pituita con el agua y, por último, la sangre con el aire.

Así pues, dado que el clima influye en el equilibrio humoral hay que prestar mucha atención a la alimentación, sobre todo si lo que queremos es lograr una buena forma física. Ahora nos encontramos en mitad de la primavera, con clima cálido y húmedo, entonces es recomendable ir evitando los pucheros y pasar a los asados y legumbres verdes; en verano, con la llegada de los calores fuertes y secos hay que consumir carnes y pescados asados a la piedra acompañados de alimentos fríos y húmedos como el melón, la ciruela, o la cereza; en otoño, un período en que empiezan los fríos, habrá que comer alimentos apetitosos y ligeramente ácidos para expulsar la melancolía, así como reducir el consumo de vino y frutas; y por último, en invierno, un período en que domina el frío y la humedad, lo ideal es el consumo de carnes con salsas y cocinadas con especias calientes.

Por todo ello, y debido a la cantidad de factores que intervienen en el proceso y a que cada organismo los asimila de diferente modo, es prácticamente imposible determinar la duración del mismo. De todos modos y según os observo encajáis en el perfil de paciente que en tres o

cuatro meses conseguiréis una forma física total.

Zeus meditó aquella sabia respuesta y considerando que el tal Hipócrates le merecía plena confianza; que estar tres o cuatro meses alejado de los problemas de palacio le iría de maravilla; y que además conseguiría volver a disfrutar de una buena forma física, que tanto añoraba, decidió en aquel mismo momento iniciar el tratamiento.

- ¡Acepto! A partir de ahora seré Andronikos y estaré bajo vuestra disciplina.

- Me alegro sinceramente. - Respondió Hipócrates con una media sonrisa caminando hacia el patio interior donde habían estado anteriormente. - Me alegro por vos y por mí. Con vuestra decisión lograremos que el culto a vuestra divinidad vuelva a ser el de los mejores tiempos.

Voy a llamar a un estudiante que será el encargado de atenderos en vuestras necesidades. Él se ocupará de alojaros en vuestro aposento y os enseñará el funcionamiento de la escuela. Y a partir de mañana también controlará vuestra alimentación y ejercicios así como de recoger y estudiar vuestras deposiciones.

Mientras exponía esto aprovechó para detener a uno de los paseantes del lugar. Habiendo escuchado estas instrucciones que el maestro le susurró, partió raudo.

- Si esperáis aquí pronto llegará Polybius, el estudiante del que os hablaba anteriormente. Yo, de momento, no puedo abandonar mis obligaciones. Pero sería para mí un gran honor y una alegría inmensa compartir mi cena con vosotros esta misma noche.

Zeus y Tiresias aceptaron encantados la invitación y, poco después de despedirse calurosamente de Hipócrates, hizo su aparición un joven muchacho, el cual, tartamudeando nerviosamente, se presentó como Polybius.

Evidentemente azorado por la misión encomendada el joven estudiante se hizo cargo del ligero equipaje de los recién llegados y, sin decir palabra, echó a caminar a paso vivo, girando de vez en cuando la cabeza para comprobar si los distinguidos huéspedes le seguían.

Después de transitar por varios patios, pasillos y dependencias Polybius, con una sonrisa de oreja a oreja les indicó una puerta por la que entraron en una estancia de planta rectangular y bastante grande en la que se alineaban una serie de bultos pegados a las paredes más largas.

- El dormitorio. - Anunció Polybius. Y sin esperar respuesta se dirigió hacia uno de los bultos y abrió el basto baúl situado en la cabecera del mismo.

Allí depositó el equipaje de los señores y se giró hacia ellos con su perpetua sonrisa.

Zeus, que ya había deducido que los bultos eran los lechos de los pacientes internados, se dirigió a Polybius.

- Supongo que esto es el dormitorio de las personas que están internadas.
- Preguntó Zeus.

- Solo de las personas masculinas, mi señor. Las personas femeninas tienen un dormitorio separado.

- Bien. Pues parece que ya estoy instalado. Por cierto, cuando te dirijas a mí utiliza mi nombre, Andronikos, y para él Tiresias. - Dijo Zeus señalando a su amigo. - Eso de "mi señor" no me gusta. ¿Entendido?

- Sí, mi señor Andronikos.

Zeus suspiró y, moviendo la cabeza resignadamente, continuó.

- Pues ahora, si nos has de enseñar el lugar podríamos empezar por las cocinas. Hace rato que no tomo nada y hasta la hora de comer todavía falta demasiado tiempo. ¡Necesito un bocado! ¡Así que vamos!

- Pero a estas horas no habrá ningún cocinero, mi señor Andronikos. Solo se preparan comidas a las horas reglamentarias. - Logró tartamudear Polybius.

- ¿Quieres decir que no habrá nadie que pueda prepararme, aunque sea, un mísero bocado? ¡Llévame de todos modos! A ver si puedo encontrar aunque sea un mendrugo de pan duro.

Polybius, más nervioso todavía, empezó nuevamente a caminar con su acostumbrado trotecillo. Zeus le seguía malhumorado y Tiresias con una mal disimulada sonrisa.

Después de un breve trayecto Polybius, sin decir nada, se detuvo ante una puerta cerrada.

- ¿Es aquí? - Preguntó Zeus.

Polybius asintió con vivos movimientos afirmativos de su cabeza y después se quedó inmóvil. Mientras tanto Zeus trataba inútilmente de abrir la puerta.

- ¿No hay otra entrada? Una puerta trasera o algo así.

A Polybius se le iluminó la cara y emprendió otra carrera más veloz que las anteriores, de tal manera que Zeus y Tiresias casi tenían que correr para no perderlo de vista.

De esta manera llegaron a una especie de despensa donde, junto a las paredes, se alineaban una serie de tinajas en las que era de suponer que se almacenaban las provisiones de aceite, vino, agua y otros líquidos.

Polybius hizo un gesto a sus nobles señores para que no le siguieran y él se dirigió a un individuo que trajinaba en el fondo de la estancia. Después de un rato de intensa charla, adornada con abundante gesticulación, el individuo desapareció por una pequeña puerta lateral. Entonces Polybius dirigió su mirada hacia los nobles señores luciendo una enorme sonrisa.

Al poco reapareció el sujeto y entregó una pequeña cesta a Polybius. Este la tomó y con ella se dirigió a Zeus el cual, al recibirla, pudo comprobar el contenido de la misma: un buen trozo de buen pan, un excelente queso, aceitunas y un pequeño recipiente con vino. Gratamente sorprendido por aquellos manjares Zeus no tuvo ningún problema en sentarse en el suelo y dar buena cuenta de todo ello inmediatamente.

Polybius contemplaba atónito cómo iba desapareciendo todo el contenido de la cesta a una velocidad pasmosa. Por su parte a Tiresias, que ya conocía la voracidad de su amigo, aquel espectáculo no le venía de nuevo.

Una vez satisfecho el apetito Zeus se levantó y entregando la cesta vacía a Polybius se lo agradeció con una palmada en el hombro.

- Muy bien muchacho. Esto era lo que necesitaba. Ahora cuando quieras podemos continuar con la visita del lugar. ¿Por dónde te parece que podemos empezar?

El mozo, orgulloso y feliz por haber satisfecho los deseos de su señor, retomó su alegre trotecillo y seguido por los distinguidos visitantes fueron visitando las dependencias de la escuela.

En una de ellas pudieron ver en acción a los médicos que atendían a casos graves de enfermedades o heridas. En otra algunos especialistas confeccionaban medicinas a base de mezclar diversas hierbas y algas con productos como miel u otros más difíciles de identificar.

Capítulo 5

La mariscada

Por último, y ya al aire libre, contemplaron un pequeño estadio en el que varios individuos realizaban diferentes ejercicios físicos. A continuación pasaron a ver una estupenda piscina y más tarde los baños.

Fue allí, junto a los baños, donde Zeus quedó extasiado ante el sistema de evacuación de excrementos, de tal manera que no pudo resistirse a probarlo. La instalación consistía en dos bancos de piedra situados uno frente al otro y pegados a las paredes más largas de la estancia. Estaban separados por una distancia de unos tres pasos y en el espacio que los separaba discurría una pequeña corriente continua de agua canalizada que entraba por un caño situado en la pared opuesta a la de entrada, daba la vuelta a la sala y desaparecía por un orificio situado al lado del chorro de entrada.

En cada banco y a una distancia prudencial se abrían unos orificios donde se preveía que quedarían las partes íntimas de quien se sentara a utilizarlo, de tal manera que estas quedaban libres de emitir sus descargas sólidas y líquidas al interior del banco, que en su parte anterior estaba tapado por una losa vertical de piedra. En su interior otra corriente de agua, más intensa esta, se llevaba todo al exterior. El sistema se completaba con unas esponjas sujetas a unos pequeños bastones con las que el usuario podía, una vez empapadas en el canalillo central, limpiarse cómodamente.

Aliviado y satisfecho, Zeus propuso buscar un buen sitio para ir a comer. El largo paseo por las instalaciones había despertado nuevamente su apetito y le apetecía una buena comida, a poder ser de pescado asado. Interrogado al respecto, Polybius les aconsejó dirigirse al puerto, en el que habían desembarcado aquella mañana, donde un par de casas de comidas servían platos de pescado a los viajeros.

Sin dudarlo un instante se dirigieron hacia allí y, cuando ya se divisaban las estructuras del embarcadero, una fragancia empezó a llegar hasta ellos. La brisa marina transportaba una mezcla de aromas de diferentes cocinas que cautivó a los tres caminantes, cada vez más hambrientos. Una vez llegados al puerto Zeus fue directamente a hablar con el propietario del primer lugar que encontraron. Este era un extrovertido personaje que enseguida simpatizó con Zeus y pasó a explicarle cómo preparaba sus platos.

- Cocinar un buen plato de pescado o marisco es cómo hacer el amor: son muy importantes los preliminares. - Comentó haciendo un guiño con sus brillantes ojos acompañado de una pícaro sonrisa. - En primer lugar hay

que escoger el género... ¡¡¡Por eso yo siempre escojo el femenino!!! - Vociferó el cocinero mientras reía a carcajadas acompañado por Zeus en su alborozo. Una vez calmadas las risas continuó su exposición. - Hoy tenemos buen género. La pesca ha ido bien y me han traído una docena de vieiras, cuatro bueyes de mar, cuatro langostas, un par de docenas de gambas de buen tamaño, otro par de docenas de langostinos y un buen puñado de almejas. Perfecto.

Con un gesto el cocinero señaló una mesa al aire libre, situada al lado de un fuego que ardía vivamente y hacia ella se dirigieron todos. Él llevaba la cesta del pescado y continuaba con sus comentarios.

- Una vez conocido el material del que disponemos debemos decidir el tipo de cocción que le vamos a dar, y a mi entender, lo que mejor irá para todo esto es hacerlo en la losa. ¿En qué consiste esto? Pues muy sencillo: aquí tengo esta hermosa plancha de pizarra que voy a poner encima del fuego para que se vaya calentando. La unto generosamente con aceite de oliva y le pongo ahora mismo una buena capa de sal gruesa. Así evitaremos que se peguen los bichos al ponerlos sobre ella.

Tiresias y Polybius tomaron asiento en uno de los bancos situados a los lados de la mesa pero Zeus no se separó ni un instante del cocinero para no perderse detalle.

- Mientras tanto prepararé una mezcla consistente en esta albahaca y estos ajos picados finamente. Los añado a este aceite de oliva y vinagre suave. Hay quien hace esta mezcla, o parecida, y después le añade sal para machacarlo todo en un mortero y hacer una especie de pasta. A partir de ahí hay dos opciones. La primera es añadirlo al pescado una vez condimentado. No queda mal del todo pero el marisco no se impregna adecuadamente del sabor de la mezcla. La otra es ponerla en el pescado antes de cocinarlo. A mí particularmente no me gusta de esa manera ya que después, en la cocción, el calor hace que los sabores del aliño sean excesivamente amargos y desagradables. Yo prefiero untar con la mezcla antes descrita, sin machacarla, los crustáceos y mariscos.

Para ello primero corto longitudinalmente por la mitad los bueyes de mar. Igualmente corto por la mitad las langostas y pelo las gambas y los langostinos. A estos dos últimos es muy importante quitarles esta vena negra que tienen aquí, ¿veis? Pringo con la mezcla los crustáceos y mariscos antes de ponerlos en la losa que ya tengo caliente. Primero las langostas, los langostinos y los bueyes de mar. Allí los tendré un breve instante y, cuando empiecen a cambiar de color, añado las gambas y las almejas, dejando que estas se vayan abriendo. Por último incorporo las vieiras.

Nuestro plato estará listo en un instante. Y solo por el aroma que desprende ya se sabe que nadie va a quedar defraudado. - Diciendo esto

colocó la losa en medio de la mesa sobre una plancha metálica y continuó explicando. - La losa, que permanecerá caliente un buen rato, impide que este maravilloso manjar se enfríe lo cual es muy importante ya que comer un marisco frío es algo definitivamente aborrecible.

Otra cosa, honorables señores, que no puede faltar para acompañar a este plato es un buen vino blanco fresco. Y aquí tengo un ánfora del mejor retsina que se produce en la región. Ahora pues, señores, a disfrutar.

De esa manera los tres comensales se lanzaron con avidez sobre la comida en parte por la plática del cocinero y en parte por los aromas que inundaban el aire.

Zeus parecía que no había comido en años y devoraba insaciablemente. Tiresias, más discreto y deleitándose como un buen sibarita, apreciaba cada uno de los bocados que tomaba. Por su parte Polybius, aunque algo más moderado que los demás, no se quedaba atrás y se le veía enormemente satisfecho de ser el custodio de aquel par de señores.

Cuando ya casi se acababa la vianda el cocinero se acercó a la mesa para interesarse por la satisfacción de sus clientes. Zeus se deshizo en alabanzas hacia la comida y a continuación pasó a interesarse por el vino.

- He disfrutado con el pescado, pero ya he visto cómo hay que hacerlo. Lo que me tiene intrigado es el vino. Este retsina, aparte de estar buenísimo de sabor, tiene la temperatura ideal: fresquísimo. ¿Cómo lo consigues?

El cocinero se sentó, satisfecho por la apreciación de Zeus, e inició una conversación con este de la cual tanto Tiresias como Polybius enseguida se sintieron excluidos.

Tiresias, que conocía bien a su amigo, sabía que aquella charla podía durar horas por lo que decidió dar una vuelta por el puerto en busca de un barco que lo llevara de vuelta a Atenas en una fecha próxima. Polybius se ofreció para ayudarlo y ambos dejaron a Zeus y al cocinero con su cháchara.

Capítulo 6

La cena

- He tenido noticias de que hoy habéis comido en una taberna del puerto. No hay ningún problema en ello. Pero, si de verdad queréis empezar el tratamiento, tenéis que prometerme solemnemente que no volveréis a hacerlo hasta acabar con el mismo tal como ya os comenté esta mañana.

Con estas palabras y con el ceño más fruncido que nunca se dirigía Hipócrates a Zeus una vez instalados en el comedor del primero.

- Considero sagrado el compromiso entre el médico y su paciente ya que la relación entre ambos ha de basarse en una confianza mutua y plena. De hecho estoy redactando una serie de directrices en las que ha de basarse la conducta de los médicos en el ejercicio de su profesión, una especie de código deontológico. Así pues, tenedlo claro, si aceptáis el régimen ha de ser en su totalidad. Por ello no tomareis ninguna comida ni bebida que no os sea ofrecida por vuestro cuidador Polybius.

- Tal como os dije anteriormente acepto totalmente vuestras condiciones, primero por convencimiento y segundo porque las considero completamente juiciosas. – Respondió Zeus nuevamente admirado de la sabiduría de aquel hombre.

Una vez aclarado aquel importante asunto los comensales se entregaron a una conversación más distendida en la que pronto aparecieron anécdotas y sucesos de tiempos pasados. La cena transcurría tranquilamente, aunque un poco sosa y escasa para el gusto de Zeus. Los temas abordados por Tiresias e Hipócrates eran demasiado serios para su gusto. Por otra parte, y para paliar la falta de viandas sólidas que llenáran el pozo sin fondo de su estómago, vaciaba copa tras copa de vino. Debido a ello, a medida que pasaba el tiempo, la sonrisa que adornaba su rostro se tornaba cada vez más pícara y las pocas anécdotas que conseguía proponer eran cada vez más groseras.

- ... porque a mí, lo que más me gusta de verdad, son las mujeres. Y su conquista. Pero no os penséis que es fácil esta tarea. Es dura. Y muy peligrosa. Veréis.

Empecemos por una mujer interesante, como lo fue Europa, hija del rey Agenor. La conocí un día en el que en compañía de sus amigas estaba en la playa. Estaba guapísima y no pude resistirme en lograr su conquista. Para ello decidí tomar la apariencia de un magnífico toro blanco. De esa manera me acerqué a ella y me senté a sus pies. Europa, temerosa y extrañada al principio parecía que no mordería el anzuelo. Pero poco a

poco empezó a acariciarme y hasta llegó a sentarse a lomos de mi metamorfosis. Aprovechando ese momento me metí en el mar con ella a cuestas, aferrada a mis cuernos. Y así llegamos a la isla de Creta donde pude consumir la conquista. Fruto de esta nacieron Minos, Sarpedón y Radamantis. Naturalmente tuve que deshacerme de toda esta prole y para ello casé a Europa con Asterión, rey de Creta.

Otra hija de reyes era Dánae. A su padre, Acrisio, rey de Argos, un oráculo le advirtió que ella sería madre de un varón que le daría muerte. Acrisio, asustado por este vaticinio hizo construir una cámara subterránea, recubierta de bronce, en la que encerró a Dánae para evitar que la muchacha tuviera contacto con ningún hombre. Pero a mí no se me detiene tan fácilmente y para seducir a la joven me transformé en una lluvia dorada. A su tiempo Dánae dio a luz a su hijo Perseo. Cuando Acrisio se enteró encerró a Dánae y Perseo en un cofre y lo arrojó al mar.

Siguiendo con hijas de reyes no puedo olvidar a Leda, hija de Testio, rey de Etolia, y de Eurítemis. Leda estaba casada con Tindáreo, rey de Lacedemonia. Para evitar mi acoso Leda se transformó en una hermosa oca. Pero yo me transformé en un deslumbrante cisne y conseguí someterla. Esa misma noche Leda se unió también a su marido y fruto de esos amores puso dos huevos, surgiendo de ellos dos pares de gemelos, un par de cada padre: Pólux y Helena míos y Cástor y Clitemestra de Tindáreo.

¡Hermosas mujeres! ¡Soberanas princesas!– Continuó Zeus con voz cada vez más pastosa, después de hacer una pausa para apurar una nueva copa de vino. - Siempre me ha gustado esa parte de la realeza.

Pero no solo he dedicado mis atenciones a bellas mortales. También he tenido aventuras con las más atractivas deidades. Mi primera esposa, Metis, fue el romance más peligroso. La diosa Gea profetizó que Metis daría a luz una hija que a su vez daría a luz un hijo que me destronaría. Así pues, cuando Metis quedó embarazada me la tragué enterita. Al llegar el momento del parto tuve tal enorme dolor de cabeza que ordené a Hefesto que me abriera la testa de un hachazo. Así lo hizo y de la herida surgió Atenea completamente armada.

Y no podría olvidarme de Calisto, la más bella de las ninfas del cortejo de Artemisa. El hecho de formar parte de ese cortejo le obligaba a hacer voto de castidad. Yo me enamoré locamente de la muchacha y para seducirla adopté la apariencia de Artemisa. Producto de aquella ardiente pasión resultó el embarazo de Calisto. Al descubrirse este, Artemisa la convirtió en una osa. Además Hera, celosa perdida, ordenó a Artemisa que la matara. Para evitar ese final tuve que convertir a Calisto en la constelación de la Osa Mayor.

Para obtener los favores de Egina tuve que tomar la forma de un águila y raptarla. Su padre, el dios-río Asopo, se enteró del rapto y empezó a perseguirnos. No tuve más remedio que lanzarle una andanada de rayos para hacerle volver a su cauce.

Pero hay más, muchas más. Dione, la reina divina, que me dio a Afrodita como hija; Maia, la mayor, la más bella y la más tímida de las Pleyades, madre de mi hijo Hermes; Eurínome, madre de mis tres hijas Cárites: Aglaya, Eufrosine y Talia; Alcmena, el poder de la luna, madre de mi hijo Heracles; Táigete, dulce y bonita Pleyade, madre de mi hijo Lacedemón; la hermosa ninfa Menalipa, madre de mi hijo Eolo; Deméter, mi hermana mayor y madre de mi hija Perséfone...

Tiresias e Hipócrates, cada vez más molestos por aquella estúpida bravata, aprovecharon una pausa en el relato para ponerse de acuerdo y llevar a Zeus a su lecho.

Como pudieron, cada uno de ellos se pasó uno de los brazos del divino por su cuello y de esta manera se dirigieron hacia el dormitorio mientras Zeus continuaba, con voz apenas inteligible con sus proezas.

- No podría de ningún modo olvidarme de Themis, la de las preciosas mejillas, madre de mis hijas las Horas y las Parcas; la bella Antíope, madre de mis hijos Zeto y Anfión fundadores de Tebas; Mnemósine, hermosa Titánide, madre de mis hijas las Musas: Calíope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Talía, Terpsícore, Urania, Polimnia...

¿Adónde vamos? – Preguntó en un instante de lucidez. – Bueno es igual. En lo que si tenéis que tener cuidado es en no decirle nada de esto a Hera. Ella es muy susceptible en este aspecto y sus arrebatos de celos son peligrosísimos. A la única mujer que yo realmente quiero es a ella. Las demás son solo aventuras sin importancia... ¡Ah! ¡Qué bien! Ya estamos en mi cama. ¡Perfecto! ¡Creo que voy a dormir de maravilla!

Capítulo 7

La iniciación

Al día siguiente el despertar fue confuso. Zeus no entendía nada. Apenas sabía dónde se encontraba. Una tropa de gente corría de un lado para otro con un alboroto descomunal. Los candiles, que algunos de ellos llevaban, apenas eran suficientes para iluminar la vasta nave del dormitorio comunal. La razón era simple: apenas había amanecido.

Al su lado Polybius chillaba nervioso exhortándole a abandonar el lecho y gritaba algo referente a unas vasijas y deposiciones.

Medio desmayado, por los excesos durante la cena del día anterior, Zeus se giró dando la espalda al estudiante, pero este le arrebató la ropa de un tirón y reanudó sus gritos a un volumen más alto.

- ¡¡¡Señor!!! ¡¡¡Mi señor Andronikos!!! ¡Tenéis que levantaros enseguida! Y debéis hacer vuestras evacuaciones en estas vasijas. En esta la orina y en esta otra la deposición sólida. ¡¡¡Y pronto!!! ¡Mi señor Hipócrates ya nos debe de estar esperando en el estadio!

Poco a poco, y gracias a la insistencia de Polybius, Zeus logró sentarse en el borde del camastro y comenzó a organizar su mente para hacer frente a aquella jornada que preveía bastante complicada. En primer lugar y de buena gana accedió a las suplicas de Polybius y alivió su vejiga y vientre tal como le indicaba el muchacho.

A continuación, y siempre ayudado por el diligente Polybius, Zeus pasó por los baños adjuntos al dormitorio donde procedió a echarse agua a la cara con ambas manos a fin de despejarse. Pero, sin apenas darle un respiro, el muchacho, cada vez más nervioso, le rogó que le siguiera. Así lo hizo, y medio andando, medio corriendo, salieron en dirección al estadio donde un nutrido grupo de individuos se entregaban a diversas prácticas supervisados por un grupo que Zeus supuso eran los iatros del lugar. En un lugar predominante estaba situado Hipócrates supervisando, corrigiendo, asesorando a todo aquel conjunto. Hacia él corrió Polybius llevando las vasijas con las deposiciones de Zeus, que no había abandonado en ningún momento, seguido a cierta distancia por el sofocado divino.

Cuando llegaron a las proximidades del maestro, Polybius procedió a situarse en una fila de jóvenes, de aspecto similar al suyo, sobre todo porque cada uno de ellos llevaba unas vasijas similares a las del custodio de Zeus.

Entre una admonición y otra Hipócrates se dirigía al primer joven de la fila, cogía la vasija de los orines, introducía el dedo índice en el líquido y lo chupaba. Dictaba algo a un escriba que tenía a su lado y a continuación tomaba la otra vasija, y con una especie de pequeño puñal, removía el contenido y olfateaba profundamente los efluvios emanados. Nueva tanda de instrucciones para el escriba al tiempo que el joven que acababa de presentar las vasijas desaparecía corriendo. Así una y otra vez hasta que llegó el turno de Polybius. Hipócrates procedió como en las otras ocasiones pero las instrucciones para el escriba fueron más largas.

Zeus, todavía no despejado del todo, asistía a aquella operación sintiendo que el estómago se le empezaba a remover. Si aquello era ciencia a él le parecía una solemne guarrada. Mientras tanto, Hipócrates, que ya había despachado los asuntos importantes, se acercó a Zeus y Polybius.

- Tal como estaba previsto sois los últimos de la ronda de análisis. – Polybius, ante aquellas palabras, bajó la cabeza azorado. – No te preocupes muchacho. Sé que lo has hecho lo mejor posible. Pero el primer día siempre es complicado. Sobre todo si el paciente tuvo la noche anterior una ingesta excesiva de vino. – Ahora le tocó a Zeus el turno de bajar la cabeza azorado. – Pero no hay problema. Vamos a empezar con unos ejercicios físicos que nos revelarán la situación en la que nos encontramos.

Dicho esto se encaminó a la cabecera del pequeño estadio que Zeus y compañía habían visitado el día anterior. Allí, en una zona tranquila, Hipócrates procedió a tomar el pulso de Zeus al tiempo que se dirigía a este.

- Primero empezaremos con una sencilla prueba. Se trata de que doblándote por la cintura, con los brazos y palmas de las manos extendidas, intentes tocarte las puntas de los dedos de los pies con la punta de los dedos de las manos.

Así lo hizo Zeus después de que Hipócrates, una vez acabada la comprobación del pulso, le diera la señal de iniciar el ejercicio. Zeus se esforzaba al máximo, pero las puntas de manos y pies nunca estuvieron más cerca de un palmo.

- Bien. – Dijo Hipócrates. – Ahora, estando de pie, aspira todo el aire que puedas. – Así lo hizo Zeus. – Y ahora expíralo todo hasta que no te quede nada de aire en tu interior. Y entonces vuelve a intentar tocarte los dedos de los pies como antes.

Esta vez la distancia se redujo ligeramente. El médico se dirigió al escriba que le seguía a todas partes y le dictó algo en una jerga incomprensible.

- Después de esta comprobación de flexibilidad pasaremos a otra de resistencia. Andronikos, tienes que dar una vuelta completa al estadio lo más rápidamente posible. - Zeus miró, alternativamente, a Hipócrates y al estadio con cara de asombro. - Sí. Tienes que dar una carrerita. ¡Vamos!

Zeus empezó a correr con un trotecillo suave, pero Hipócrates empezó a gritarle de tal manera, para que aligerara la marcha, que no tuvo más remedio que ponerse al máximo que le permitían sus piernas.

Después de un tiempo, que a Zeus se le hizo eterno, regresó exhausto al punto de partida. El aire parecía que no llegaba a sus pulmones; tenía la impresión de que las sienes le iban a estallar sin remedio; las piernas le flaqueaban; le dolía el costado como si le hubieran dado un puñetazo.

Allí se quedó resollando y encorvado, con las piernas ligeramente flexionadas y sus manos apoyadas en las rodillas, el rostro congestionado y bañado en sudor, mientras Hipócrates volvía a tomarle el pulso, esta vez bastante más tiempo que la ocasión anterior

Al acabar, y después de nuevas instrucciones para el escriba, Hipócrates explicó el programa para la jornada.

- Andronikos, tu situación actual deja bastante que desear, pero tienes una buena base que bien trabajada nos dará suficiente fundamento para volver a ponerte a tono. Hoy tendrás una serie de ejercicios suaves acompañados por sesiones de masajes. Polybius se ocupará de supervisar estas actividades y tendrás que obedecerle en todo como si fuera yo mismo. Mañana nos volveremos a encontrar a la misma hora de hoy y espero que no seáis los últimos en llegar. Ahora podéis ir a desayunar.

Dicho esto se dio la vuelta y desapareció a paso rápido seguido por su inseparable escriba.

Por su parte Zeus y Polybius se dirigieron hacia el comedor al paso que marcaba el primero, todavía medio mareado y con las piernas un tanto inseguras.

Al llegar al comedor y ocupar su sitio un criado les sirvió el desayuno consistente en unos trozos de pan de cebada, un puré de lentejas y para beber agua clara. Zeus, a pesar de no estar especialmente hambriento, miró aquellos alimentos con aflicción y se preguntó si podría sobrevivir en aquellas condiciones.

Capítulo 8

El futuro según Zeus

Sin embargo, con el transcurrir del tiempo, Zeus se fue adaptando perfectamente bien a la rutina que marcaba la escuela. Respecto a sus progresos en el campo de los ejercicios físicos la mejora era notable: podía hacer carreras de varias vueltas al estadio sin apenas molestias; el abdomen había reducido visiblemente su perímetro y alcanzaba fácilmente los dedos de sus pies al hacer flexiones; por otra parte se había iniciado con apreciable éxito en ejercicios tales como lanzamiento de disco y jabalina, salto de longitud y lucha.

Los días de suaves temperaturas de la primavera habían dado paso al calor estival con el consiguiente cambio gradual en la dieta. Zeus también se había ajustado perfectamente a ello con gran satisfacción de Polybius y, sobre todo, de Hipócrates, que estaba encantado con los progresos de su distinguido huésped.

Así mismo, por su parte, Zeus también estaba encantado con su estancia en aquel centro. Se encontraba más relajado, sin acordarse ya de los múltiples problemas de su palacio.

Una cosa que le encantaba era, que después de una intensa sesión de ejercicios, buscar una agradable sombra para recuperar fuerzas y resguardarse del calor veraniego. Y allí hablar de mil cosas con su inseparable Polybius. El tema preferido de este último era su deseo de llegar a ser iatrós e intentar parecerse a su idolatrado maestro Hipócrates.

- Lo que más admiro del maestro es su capacidad de organizar toda su escuela sin descuidar el más mínimo detalle. Y al mismo tiempo atender a sus pacientes, que son los más complejos. Y además redactar la cantidad de obras de los más diversos temas relacionados con el ejercicio de la medicina. ¡Es un genio! – Las alabanzas de Polybius respecto a Hipócrates eran siempre correspondidas por Zeus.

- Tienes toda la razón Polybius. Si hay en el mundo alguien digno de merecer el título de genio ese es tu maestro. No he conocido a nadie más sagaz, inteligente y clarividente que él. Y a la vez austero, humilde, respetuoso y sencillo.

- Sí. Por eso yo quiero ser como él. Bueno, quiero parecerme a él. No tengo las cualidades necesarias para ser como él, pero si pudiera parecerme a él, aunque fuera solamente un poquito, ya me daría por

satisfecho.

- Pues esfuérgate. Yo creo que tienes muy buenas cualidades. Pero tienes que serenarte un poco. Eres muy nervioso e impaciente y lo quieres todo para ahora mismo y las cosas necesitan su tiempo.

- ¿De verdad que me veis con cualidades? ¡Oh! Eso significa mucho para mí. Y tenéis razón: soy un impaciente. Me gustaría saber ahora mismo cual será mi futuro. Si seré o no seré un buen iatrós.

- Pues la respuesta a eso solo la tienen aquellos que conocen el futuro.

- ¿Y vos lo conocéis? – Preguntó Polybius que hacía ya tiempo que sospechaba que aquel tal Andronikos era algo más que un íntimo amigo de su instructor.

- No. No conozco el futuro. Pero puedo explicarte cómo funciona el conocimiento del mismo. – Respondió Zeus que vio la oportunidad de lucirse ante el muchacho refiriéndole la explicación que le había dado Tiresias sobre el tema. El problema era que, en primer lugar, no había entendido muy claramente aquel asunto y además no recordaba todo el detalle del mismo. Pero eso nunca había sido obstáculo para que Zeus arrinconara la prudencia o la discreción. – Atiende. El futuro es un barco. Un barco muy grande en el que cabemos todas las personas, todos los animales, todos los árboles y todas las plantas de este mundo. Bien. Entonces imagínate que cada uno de los viajeros puede llevar el timón durante un tiempo, en función de su importancia. De esa manera, el barco irá unas veces con el rumbo adecuado, otras desviado de su trayectoria y hasta en ocasiones en sentido contrario al deseado...

Espera. No. Así no lo vas a entender. Imagínate mejor que en ese barco hay un timón para cada uno de los pasajeros con un tamaño adecuado a su vigor. El capitán de la nave ha de ser capaz de impartir las órdenes precisas para que la travesía sea la correcta, contrarrestando cualquier viento contrario, tormenta o corriente marina que pueda entorpecer la trayectoria.

En un momento dado de cada noche ese capitán necesita fijar su posición en la carta marina y para ello se retira a un lugar tranquilo de la nave y con ayuda de su cuadrante averigua la altura de la estrella polar. ¡Y entonces, mediante unos complejos cálculos, ese capitán es capaz de conocer el futuro! – Exclamó Zeus que ya no sabía cómo acabar aquella historia.

- ¿Así que todos los capitanes de barcos conocen el futuro? – Preguntó Polybius totalmente estupefacto, ya que no había entendido nada de

aquella confusa charla.

- ¡No hombre! – Contestó Zeus. – Esto que te he explicado es una metáfora que quiere decir que, como el problema es muy complejo, la explicación se basa en comparaciones más entendibles. Pero tampoco tiene la menor importancia el conocimiento del futuro. Lo que tú debes hacer es aplicarte en tus estudios, ser perseverante y atender a todas las lecciones que imparta tu maestro Hipócrates.

- Sí. Por supuesto. Eso lo tengo claro.

- Pues bien. - Dijo Zeus incorporándose y felicitándose interiormente por haber salido relativamente airoso de su desastrosa explicación. – Vamos a ver si acabamos los ejercicios de hoy y después me doy un buen baño antes de la cena

Y juntos Zeus y Polybius se dirigieron al estadio para completar los ejercicios de la jornada. Allí encontraron la habitual cuadrilla de inquilinos dedicados a sus actividades físicas acompañados por los asistentes encargados de la supervisión de los mismos. Zeus se dirigió a un pequeño grupo que estaba organizando una carrera de velocidad e inmediatamente retó a todos postulándose como el vencedor de la misma.

Polybius, por su parte, anotaba todas las actividades de su custodiado para, posteriormente, informar a Hipócrates. Mientras se dedicaba a esta actividad, mentalmente daba vueltas a la peculiar personalidad de aquel tal Andronikos y cada vez le era más difícil definirlo de una manera sencilla.

Capítulo 9

Los compañeros

La relación de Zeus con el resto de compañeros de residencia también había mejorado notablemente. Si en los primeros días el mal humor, el cansancio y el hambre hicieron que tratara a todo el mundo de una manera totalmente irritante ahora era el alma de la fiesta. Todo el mundo: médicos, estudiantes, pacientes y criados le consultaban sobre cualquier cosa y le pedían consejo sobre los más diversos temas. Oían fascinados sus narraciones y apostaban con él acerca del resultado de múltiples actividades.

Por esas razones enseguida se hizo cómplice de acciones, más o menos permitidas, que pasaron a engrosar su provisión de anécdotas.

Una de las que recordaría durante mucho tiempo se presentó al final de una jornada cuando un tal Bemus, individuo famoso por su inclinación a perpetrar todo tipo de bromas, vino a buscarle a la sala de masajes y sin ningún tipo de explicación le pidió que le siguiera. Zeus apenas dudó un instante en abandonar su apacible actividad y seguir a aquel tipo: le caía bien y seguro que tenía preparada alguna divertida artimaña.

Con paso más o menos sigiloso se encaminaron hacia el exterior de la escuela y una vez allí se dirigieron al pueblo. Mientras tanto Bemus puso al corriente de sus intenciones a Zeus.

- Mira Andronikos. – Dijo Bemus al tiempo que abría un hatillo en el que Zeus vio unos enseres propios de un escriba. – Esto son unos utensilios de geómetra que he podido conseguir por ahí. No me preguntes como. – Y acompañó esta última frase con un guiño de ojo. – Con esto nos vamos a reír un rato. Lo primero que hemos de hacer es empezar, a partir de ahora, a parecer verdaderos geómetras y caminar y hablar como ellos.

Y así lo hicieron, adoptando un paso reposado y un tono de voz grave y presuntamente sabio, mientras sostenían en sus manos las tablillas como si fueran a tomar notas.

- Ahora que estamos llegando al pueblo tenemos que encontrar un edificio representativo y esperar a que pase un lugareño.

Poco rato después dieron con una especie de templo, no muy bien conservado, y aguardaron la llegada de algún aldeano mientras continuaban con la comedia de hacerse pasar por geómetras. No tuvieron que esperar mucho para que apareciera un campesino al que Bemus se

dirigió con voz engolada.

- Perdón amable paisano. ¿Podría usted ayudarnos? – Le expuso mientras sacaba un rollo de hilo de su hatillo. - Somos geómetras que estamos tomando medidas para restaurar este bonito templo y necesitamos que alguien sostenga la punta de este bramante mientras nosotros lo vamos desenrollando y mi colega anota las dimensiones.

El pobre pueblerino, abrumado por aquella petición de ayuda por parte de tal insigne pareja de geómetras, no dudó en coger con sus callosos dedos la punta del hilo que Bemus le ofrecía.

- Ahora debéis permanecer así, sin moveros de este sitio y manteniendo el hilo bien tirante, hasta que volvamos con las medidas registradas. ¿Está claro?

El pobre hombre afirmó con movimientos de cabeza sin atreverse a pronunciar palabra. Entonces los presuntos geómetras empezaron a caminar pausadamente siguiendo la pared mientras desenrollaban el rollo de hilo. Una vez alcanzada la esquina y doblada esta Bemus soltó una carcajada que llevaba tiempo reprimiendo y Zeus empezó a comprender de qué se trataba la cosa.

- No está mal la broma. – Le dijo a Bemus no demasiado entusiasmado con aquella chanza. – Y ahora cuanto tiempo vas a tenerle ahí esperando a ese infortunado.

- ¡Espera, espera! – Contestó Bemus mientras se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano. – Ahora hay que esperar a que pase otro incauto por esta parte.

Así que nuevamente empezaron a caminar con paso solemne y pausado hasta que acertó a pasar por allí una nueva víctima a la que Bemus le soltó el mismo rollo que al anterior. Entonces cortó el extremo del hilo para que el individuo pudiera sostenerlo y exhortando a este nuevo pardillo a no moverse y mantener el hilo bien tirante hasta que ellos volvieran. Hecho esto tomaron discretamente un camino en dirección a la escuela.

Durante todo el recorrido Bemus no dejó de reírse a carcajada limpia al mismo tiempo que exponía a Zeus diferentes circunstancias que podían presentarse:

- ¿Te imaginas que llega un nuevo cateto y pregunta a cualquiera de ellos qué es lo que está haciendo? “Estoy ayudando a unos geómetras que van a arreglar nuestro templo” Responderá dándose aires de grandeza.

- ¿Y hasta cuándo estarán aguantando el hilo? ¿Hasta la noche? ¿Hasta mañana?

Al llegar a la academia se dirigieron directamente al comedor, ya que el resto de colegas ya habían empezado a cenar. Se sentaron en unos sitios libres que quedaban y toda la concurrencia asistió estupefacta a las risotadas que Bemus soltaba, aparentemente sin razón, a intervalos regulares.

Más tarde, y ya en el dormitorio, continuaron las risotadas de Bemus hasta incluso después de dormirse ya que, al parecer, soñaba con algo muy gracioso.

Y durante algunas semanas más se repitieron, a todas las horas del día y de la noche en los momentos más inesperados.

oOo

Zeus tampoco olvidaría a Sharik, un esclavo gladiador, originario de las Áfricas y propiedad de un rico comerciante romano, al que su dueño llevaba periódicamente a Kos para mantener su excelente fuerza física. Con él disputó varios encuentros de lucha sin poder ganar ninguno de ellos.

Otra persona entrañable era Phyllis. Esta era la única descendiente de una acaudalada familia ateniense y estaba allí debido a su desmedida obesidad. Con ella sostuvo interesantísimas conversaciones pues era una mujer tremendamente instruida y de agradable charla.

Con todos ellos, y otros más, había pasado momentos entrañables, de franca camaradería, que hicieron pasables los momentos más duros del tratamiento.

Y por cierto. De ninguna manera olvidaría al tracio Rhescuporis, la persona más ruin, traidora y rastroera que había conocido en mucho tiempo.

Capítulo 10

El regreso

Los días se iban sucediendo unos a otros con el sosiego que proporciona una organización de actividades perfectamente estudiada.

El verano dio paso al otoño y la vida de la academia se adaptó a este sin ningún tipo de inconveniente. El suave clima de la isla ayudaba en ese sentido por lo que Zeus cada vez se encontraba más cómodo y relajado. Por ello el día en que Hipócrates se acercó a él, con su habitual porte severo y le rogó que le acompañara a un discreto rincón para poder hablar en privado, enseguida dedujo el tema de la conversación.

- Divino Zeus. – Expuso el iatrós con su profunda y reposada voz. – Creo firmemente que habéis llegado a un nivel de vigor que no es posible mejorar. Por ello debéis pensar en regresar a vuestro palacio para volver a poneros al frente de vuestro reino. Aquí ya no podemos hacer nada más por vos, excepto mantener los niveles conseguidos hasta ahora.

- Tenéis toda la razón, como siempre. - Respondió Zeus. – Y realmente me siento bien. Como no me había sentido en mucho tiempo. Me noto fuerte. Y animado. Fuerte y animado. Y sabio. He aprendido muchas cosas en este sitio y me encuentro fuerte, animado y sabio, tal como era el deseo de Tiresias.

- Por supuesto que si deseáis prolongar vuestra estancia en mi humilde escuela no hay ningún inconveniente pero, según rumores que han llegado hasta aquí, las estatuas, pinturas y mosaicos dedicados a vos han experimentado una transformación tan notable que todo el mundo acude a los templos a presentar sus sacrificios con devoción renovada. Por ello os aconsejo respetuosamente que consideréis el regreso al Olimpo.

- Volvéis a manifestaros nuevamente con gran acierto y sabiduría. Lo que sugerís no es nada más y nada menos que retomar la carga de mis responsabilidades y conseguir que este reino vuelva a ser el más poderoso de todos los conocidos en este mundo. Os agradezco pues todo lo que habéis hecho por mí y por Grecia y contad conmigo para cualquier necesidad que tengáis.

Continuaron durante un largo rato intercambiando opiniones acerca de los preparativos para la partida.

- Me despediré personalmente de cada uno de los iatrós y estudiantes de la academia, así como de mis compañeros y de los criados. He visto que aquí esa es la costumbre y no veo motivo para cambiarla. – Propuso Zeus.
– Pero desearía despedirme particularmente de Polybius, ya que me ha

ayudado y servido de una manera muy especial.

- No hay inconveniente. Polybius parece un joven atolondrado e impaciente pero, a esa edad, quien no lo es.

- ¿Creéis que sería arriesgado desvelarle mi autentica identidad? Me gustaría que supiera que sirviendo a Andronikos ha estado cuidando de Zeus.

- Como os dije antes no veo inconveniente. Lo puse a vuestro servicio porque sabía que desempeñaría su tarea sin problemas. Y si deseáis confiarle vuestra verdadera identidad estoy seguro que guardará perfectamente el secreto.

Acordada pues la marcha de Zeus este informó a Polybius de la misma y juntos se dirigieron al pequeño puerto de Kos para buscar una nave que le llevara a Atenas y reservar pasaje en ella. Polybius iba totalmente abatido ya que el hecho de que el señor Andronikos abandonara la academia era algo que se veía venir pero no por ello dejaba de apenarlo cuando se concretó el hecho.

Zeus trataba de animar al muchacho pero al parecer no estaba consiguiendo su objetivo. Polybius respondía con monosílabos a las preguntas que le proponía Zeus y eso cuando no se limitaba a afirmar o negar con movimientos de cabeza.

Entonces Zeus creyó que era el momento oportuno de revelar a Polybius la verdadera identidad de Andronikos.

- Polybius, querido muchacho, me has servido y ayudado de una manera muy satisfactoria. Por ello quiero que sepas quien soy realmente. – Al oír aquellas palabras Polybius pareció mostrar algo de interés y fijó su mirada, que hasta ahora había tenido clavada al suelo, en el rostro de Andronikos. – Has de saber que yo soy Zeus, el divino, rey de todos los dioses del Olimpo y señor de toda Grecia.

Al escuchar aquellas palabras el pobre Polybius dejó de caminar y se quedó mirando a Zeus con los ojos y la boca abiertos de par en par. Cuando su cerebro pudo salir del cortocircuito en el que había entrado comprendió, al fin, que sus sospechas eran ciertas.

- ¡Lo presentía! ¡Tenía la corazonada de que vos erais algo más que un simple amigo del maestro! – Logró expresar Polybius antes de caer de rodillas, postrándose ante el divino para abrazar sus tobillos, mientras reía, lloraba y babeaba.

Zeus, un poco molesto por aquella actitud y por el torrente de lágrimas y babas que mojaban sus pies y sandalias, consiguió hacer que el discípulo

se incorporara. Ahora Polybius estaba radiante. Limpiando su rostro de las secreciones emitidas sonreía y contemplaba a Zeus con total admiración.

- Por supuesto esta revelación ha de quedar en secreto entre tú, tu maestro y yo. También quiero concederte el don de asimilar todos los conocimientos de tu preceptor Hipócrates y continuarlos cuando él nos abandone.

Nueva tanda de lágrimas, risas y sollozos pero, afortunadamente para Zeus, sin postración.

No cabe decir sino que Polybius llegó al puerto totalmente transfigurado y que recorrió el muelle de arriba abajo varias veces hasta encontrar el barco que creyó más oportuno para su señor. Este era una embarcación bastante grande, de un mercader fenicio, y que, aun siendo el pasaje un tanto caro, ofrecía todas las ventajas de una travesía cómoda y segura.

Una vez resuelto el tema del transporte regresaron a la escuela para que Polybius preparara el equipaje de Zeus mientras este se despedía de la gente y arreglaba algún asunto pendiente antes de la partida fijada para dentro de dos días.

Esos dos últimos días de estancia fueron, para Zeus, los más emotivos de su permanencia en la academia. Los abrazos, besos y lágrimas se sucedieron sin cesar. Y llegó el amanecer del día del embarque. Hipócrates y Polybius acompañaron a Zeus hasta el muelle donde estaba atracado el barco y después de una cálida despedida el divino subió a bordo acuciado por el capitán de la nave.

La travesía fue un poco movida ya que el mar estaba algo revuelto, pero la pericia del capitán y del resto de la tripulación, así como la robustez del buque, daban tranquilidad al pasaje.

Zeus realizó la práctica totalidad del viaje apoyado en la borda del navío, contemplando aquel mar revuelto; los radiantes amaneceres y atardeceres; los magníficos cielos otoñales sembrados de esplendidas nubes. Iba concentrado en sus pensamientos: en lo mucho que tenía que agradecer a Tiresias por haberle aconsejado tan bien; la magnífica y sabia persona que era Hipócrates; el sincero afecto que le profesó Polybius; en el estado en que encontraría su palacio después de tanto tiempo de ausencia.

Al llegar al puerto de Falero Zeus se despidió formalmente de la tripulación y enseguida buscó un lugar discreto y apartado para convocar a Pegaso a fin de llegar lo antes posible a palacio.

Una vez allí se sorprendió al no ver a ningún sirviente, criado ni esclavo. No había nadie. O eso parecía. Las estancias por las que deambuló habían

sufrido un notable cambio. Todo estaba bastante mejor que cuando lo dejó para ir a Kos.

Obedeciendo un impulso salió a los reales jardines, que también ofrecían un magnífico aspecto, y se encaminó al lugar donde hacía tanto tiempo encontró a su amigo Tiresias. Naturalmente este no estaba en el banco de la fontana, pero Zeus, de alguna manera, sentía su presencia. Mentalmente dio las gracias a su amigo por el consejo ofrecido en aquel día y, por un momento, la sensación de que el espíritu de Tiresias rondaba por allí y correspondía a su comunicación se hizo más fuerte si cabe.

Pero el carácter de Zeus no era muy dado a la nostalgia o la añoranza. Así que a grandes pasos se encaminó a la piscina (piscina olímpica, por supuesto) mientras se despojaba de todas sus ropas. Una vez la hubo cruzado varias veces con enérgicas brazadas salió de la misma y se dirigió a uno de los espejos de la entrada del comedor y lo que vio le resultó satisfactorio. Allí había reflejado un hombre en todo su esplendor: la cabeza firme, con ojos de una mirada despierta; nariz, boca, cejas y demás todo perfectamente proporcionado y coronado por una melena de cabellos brillantes y abundantes; torso perfectamente musculado, al igual que brazos, abdomen y piernas. Eso por no hablar de su miembro viril, que ofrecía un aspecto magnífico.

En ese momento Zeus recordó lo que Hera le decía, cada vez más a menudo, "Piensas más con tu cerebro de abajo que con el de arriba" y es que al ver la potente cabeza de su pene pensó que debía alojar un notable cerebro. Rio con potentes carcajadas por aquella ocurrencia y se preguntó si debía contársela a Hera. Mejor no, seguramente dirá que la ocurrencia ha sido del cerebro de abajo.

Satisfecho por estar nuevamente en su casa y en su ambiente notó un vacío en la barriga y dando grandes voces se encaminó a las reales cocinas.

- ¡Hestia! ¡Cielo mío! ¡Prepárame algo de comer! ¡Vengo muerto de hambre! ¡Y prepárame un par de ánforas de vino para celebrar mi regreso!

FIN